

lítico, descubría sus lamentables errores. A menudo me han censurado la sequedad de mi ingenio, se me ha imputado como un crimen la falta de imaginación, y el escepticismo de mis opiniones me hizo siempre famoso. En realidad, sospecho que mi afición al estudio de la filosofía física impregnó mi conciencia de una imperfección muy vulgar en este siglo, esto es, de la práctica de atraer a los principios de esta ciencia las cosas menos susceptibles

de tal procedimiento. Debo hacer presente, no obstante, que con gran facilidad me dejaba arrastrar por las falsas creencias de la superstición. He juzgado oportuna esta digresión ante el temor de que el relato inverosímil que me propongo dar a conocer se tome, más que como delirio de una imaginación confusa, como la positiva experiencia de un espíritu para el cual han sido letra muerta los ensueños de aquella.

Las siete lámparas de la Arquitectura

(el sacrificio, la verdad, la fuerza, la belleza, la vida, el recuerdo, la obediencia),

por John Ruskin

Todos, aun los más profanos en materia de arte, podemos leer con placer y provecho las obras de Ruskin. Recomendamos particularmente las siete lámparas. Véase, como muestra, las páginas 31 y 176:

I. Existe una semejanza marcada entre las virtudes del hombre y las luces del globo en que habita, igual graduación de fuerzas hasta los confines de su dominio, igual oposición de sus contrarios, igual crepúsculo en su punto de contacto, zona algo más larga que la línea en la que se desliza el mundo por la noche, penumbra extraña de las virtudes; sombría región de controversias en la cual el celo se convierte en impaciencia, la templanza en austeridad, la justicia en crueldad, en superstición la fe, y en donde todo se pierde mezclado en las tinieblas.

No obstante, la mayor parte de las veces, aunque la obscuridad aumente en un modo gradual, podemos notar el momento de su desaparición, y podremos felizmente atajar la sombra en el camino de su descenso. Pero hay algo para lo que la línea del horizonte es irregular e indefinida, y precisamente es el ecuador y el círculo de todo: la verdad; la única cosa para la cual no hay grados, sino perpetuos desgarrones y rupturas, columna de la tierra, aunque columna nebulosa, línea dorada y estrecha sobre la cual se ajustan la vir-

tud y las fuerzas, que la política y la prudencia disimulan, que la bondad y la cortesía moldean, que el valor guarda con su escudo, que la imaginación cubre con sus alas y que la caridad obscurece con sus lágrimas. ¡Cuán difícil debe hacerse el mantener esta autoridad, la cual, además de reprimir la hostilidad de los peores principios del hombre, debe a la vez reprimir los extravíos de los más buenos y continuamente asaltada por los unos y traicionada por los otros, mira con la misma severidad las violaciones mínimas que las grandes al tratarse de sus leyes! Existen faltas ligeras a los ojos del amor, existen errores ligeros para los dictámenes de la ciencia; pero la verdad no perdona ninguna falta ni soporta ninguna mancha.

No reflexionamos lo suficiente sobre esto, no rehuimos las menores y continuas ocasiones de ultrajarla. Tenemos el hábito de contemplar la falsedad en sus más negras consecuencias con las intenciones más nefastas. Esta indignación que pretendemos experimentar por la mentira, no la experimentamos verdaderamente más que por la mentiraperniciosa. Nos irritamos contra la calumnia, la hipocresía y la perfidia, porque nos hacen daño, pero no porque sean contrarias a la verdad. Quitemos a la falsedad la difamación y el perjuicio y no queda apenas una leve sombra. Si la transformamos en alabanza nos causa placer. No son, por tanto,